

Villa de Leyva

Anamari Gomís

A Héctor Suárez Gomís

La plaza es la plenitud del color, del olor, del movimiento: la extrema tensión de la vida hacia su punto de explosión (...).

La plaza es, repentinamente, la multitud y su vacío: la desaparición de todos, de todo y del que mira.

José Ángel Valente

A la plaza mayor de Villa de Leyva, un cuadrilátero espacioso que por la noche parece integrarse a la bóveda celeste, le habían cambiado el color blanco de la fachada de la iglesia, de las casas y de los soportales. Una mancha ahumada se notaba en algunos muros debido a las antorchas que alumbraban en la oscuridad de principios del siglo XIX, mero efecto para ambientar la grabación de una telenovela de época. Por eso, las construcciones coloniales amarilleaban unas y otras enverdecían, según el plan escenográfico y de acuerdo con la alta resolución del color que se esperaba obtener. Se demarcó la zona de trabajo con una tensa cinta, en especial dentro del ángulo de una de las esquinas, la derecha si se ubicaba uno a la salida de la iglesia, y montaron un patíbulo que a la distancia se apreciaba siniestro. Varias personas del pueblo, que antes habían permanecido poco seducidas por los montajes del drama, se concentraron detrás del tramo acordonado, ávidas de contemplar la escena de la ejecución. Un personaje, ante sus ojos, palmaría ahorcado en la plaza, la cual a esas horas recibía las emanaciones tenaces del sol.

La imponente cordillera andina bordeaba Villa de Leyva. Sobre ella un cielo prolijo y sin nubes aturdía. En la plaza la luminiscencia y el calor sorbían el seso. Había olvidado mis anteojos oscuros en Bogotá, entorpecida por la prisa, así que me metí con la niña en un pequeño comercio de artesanías, donde también se vendían plásticas gafas ahumadas por unos pocos miles de pesos colombianos. Varias mercancías de Oriente atiborraban la

tienda. Apenas unas “mulas” de barro, réplicas de pequeños autobuses ahitos de gente y de sus chácharas, y unas versiones de la gran plaza del pueblo y de un coso taurino en cerámica recordaban al país. Le unté protector solar a la pequeña, quien aceptaba mis miramientos a regañadientes. Sólo quería que la atendiera su padre, que en ese momento se dedicaba a latiguar a un gitano próximo a morir en la ahorca.

Una vez afuera, me negué a ponerme un sombrero que me amparara de los rayos ultravioleta. Quería evitar despeinarme, así que de regreso en la plaza seleccioné una sombra bajo una carpa donde se mostraban frutas y verduras, pescados, uno con la cola de polietileno rota, y trozos descoloridos de jamón crudo que colgaban de una cuerda sostenida de lado a lado. Había una canasta de frijoles, una de lentejas y otra de mazos rcas verdaderas. Todo lo demás, menos los animales vivitos y coleando, era artificial: las papas, los jitomates, los plátanos grandes que en México llamamos machos, las yucas, las zanahorias, las cebollas y los ajíes. Frente a nosotras destacaba una jaula de papagayos que un empleado rociaba con agua. Las aves encerradas alborotaban la plaza, que permanecía casi en silencio debido a la grabación. Una de ellas estaba fuera y no se desplazaba ni un centímetro sobre el techo que cubría a sus congéneres. Me supongo que no podría volar. Me miraba fijamente porque yo la veía a ella. Su intenso colorido centelleaba bajo el firmamento serenísimo que lastimaba los ojos. En aquel mercado ficticio de puestos de cestas, de comestibles, de polvos de diversas tinturas, de ovejas y chivos agobiados por la intensidad del sol, se encontraban dos carrozas tiradas por caballos percherones. Uno blanco, a todas luces inquieto, cabestreaba sujeto a la brida y relinchaba. Junto a un provisional abrevadero, se hallaba amarrado otro, teñido de azabache, según decían, porque su pelaje castaño no combinaba con su jinete, el héroe de la tele-

Fernando Botero, *La granfiesta*, 1966Fernando Botero, *Baile en Colombia*, 1980

novela, hombre ataviado de capa y antifaz, todo en negro, cuando montaba y salvaba a los débiles y a los perseguidos. En el puesto, la niña descubrió unas cacerolas con polvos de colores y comenzó a jugar con ellos, inadvertida del suplicio del joven gitano. Por un largo rato, mientras se le teñían las manos y los codos de colorado, no la irritó mi cercanía.

Gran parte de la plaza se encontraba atestada de extras disfrazados de pobladores comunes, de indígenas, de gitanos expuestos a la inclemencia del bochorno y de mujeres de vestidos anchos y largos con corpiños ceñidísimos. Ellas sí se protegían de los rayos solares con sombrillas de colores pastel. Algunos hombres gallardos, trajeados de militares, pululaban cerca del cadalso, sometiendo el sudor al maquillaje, que les retocaban a cada rato. Un grupo extenso de soldados se apostaba en la plataforma de la muerte y también en los balcones de las casas frente a las cámaras de filmar, lo mismo que en los edificios de los lados. El carro portacámara serpenteaba sobre los rieles colocados para su servicio y aprehendía la acción en pleno movimiento.

Un capitán malvado llamado Pizarro, ataviado como Simón Bolívar, se disponía a crear la escena del ahorcamiento. La víctima, el gitano, se negaba a embutirse una capucha en la cabeza. “¡Quiero morir como un valiente!” gritaba con afonía, como si hubiera cantado *rock* por muchas horas. La gente, abajo de la tarima de exterminio, vociferaba: unos a favor del condenado y otros en contra. Se atravesó un perro callejero, de los que habíamos visto deambular por la noche. Los otros, que eran muchos, pedigüños y tranquilos, perrearían seguramente lejos de la plaza, atemorizados por el tumulto, las luces artificiales, el jaleo y el acaloramiento.

El drama debía repetirse hasta conseguir la perfección. La madre del sentenciado cayó en el suelo muchas veces, violentada por la turba y por las órdenes del director de

cámaras. El empedrado de la plaza, poco piadoso, al cabo de las reposiciones, la lastimó.

Hacia el mediodía se llamó a almorzar. Nos dirigimos a los restaurantes de los soportales, a uno donde, un día atrás, Botero, el pintor, había entrado a beberse una gaseosa. Llegó a Villa de Leyva en un helicóptero y así se ahorró una carretera sinuosa y desafiante.

Yo me encontraba en aquel pueblo de montaña y cielo por haberle llevado su pequeña hija de cuatro años a mi sobrino, quien interpretaba al desalmado Pizarro. Sería una visita de diez días, nada más. Su hija me dispensaba rencor por haberla sustraído de su *habitat* en México, sin embargo, jugábamos juntas y le dábamos de comer a los perros famélicos que, una vez interrumpida la grabación, afloraban en los sombreados pasillos de los pórticos. Compartimos la mesa, aquel día de la ejecución, con el que representaba al padre de la heroína y con su esposa, Gaby. La niña, acalorada, apenas si probaba bocado, sentada a la diestra de su padre, el único personaje al que le destinaba toda su atención. En otros momentos, yo la divertía, si me dejaba, jugando “gato” en un papel, nombrando a los perros de la plaza o sugiriendo menús escatológicos. Pero el tiempo deseaba compartirlo con su papá.

Una hora después, mi sobrino y el otro actor se enredaron una fajilla a la cintura, la cual se habían desanudado para comer con comodidad, y se pusieron encima las pesadas chaquetas de levita. Volvieron a la plaza atezados por el sopor de la tarde. La niña se distraía sola, junto a mí, mientras yo conversaba con Gaby. Durante la comida no habíamos notado la presencia en otra mesa de una parroquiana de edad madura, pero, cuando los actores se fueron, todo fue hablar con ella. Al principio, junto con el amable dueño del restaurantito, nos contestaba preguntas sobre el clima de Villa de Leyva. Y es que, a pesar del calor, se levantaba ahora un aire que alboro-

taba el polvo y las basuritas del piso. Fue muy fácil el tuteo. Se llamaba Rosario y hojeaba un libro grande, de esos que uno no carga nunca fuera de casa. Del espacio interior del establecimiento salía la voz de Aretha Franklin. Cantaba *Freeway of Love*. Rosario nos habló con tanto entusiasmo del mamotreto, que nos mudamos con ella para examinar las fotografías del volumen, que trataba sobre lugares misteriosos del planeta. Rosario se dedicaba a la pintura, con el cuello orlado de collares y las muñecas cubiertas de brazaletes. Usaba un sombrero de paja, *jeans* y una blusa autóctona. Se arreglaba como tantas otras mujeres de cierta edad, dedicadas al arte y a la magia, que he conocido en México y en los Estados Unidos. Sus ojos resaltaban por verdísimos, el pelo, que le rozaba apenas los hombros, canoso, sus maneras y su lenguaje educados y sus rostros cruzados de líneas, diría yo que prematuras, me evitaban la curiosidad de los años que podía tener. Era mucho mayor que yo, pude pensar. Esa diferencia y su convicción acerca de que la montaña que nos rodeaba era sagrada, más su conocimiento sobre la región, Boyacá, y su placidez ante la tarde bochornosa, me templaban. Durante la conversación mencionó las fincas de sus padres y al hijo que vivía en Bogotá, desempeñándose profesionalmente. Se enorgullecía de que Villa de Leyva se mantenía preservada de barullos políticos y del narco que tanto dañaba a Colombia. Nos contó que varios artistas plásticos, como ella, vivían allí. Centraba su interés en lo esotérico también, por lo que pasaba con comidamiento las páginas del libro para que observáramos las fotos: los descomunales diseños de Nazca, en el Perú,



Fernando Botero, *Autobomba*, 1999

las sugestivas piedras de Stonehenge en Inglaterra, la catedral de Chartres y sus enigmas, el sitio donde probablemente se ubicó la Atlántida. “¿Por qué creerle otras cosas a Platón y eso no?”, decía reparando en nuestras reacciones. Yo le daba cuerda para escuchar su agradable acento y para sentirme bienvenida en otro mundo, amén del formado por el equipo de grabación, el cual me resultaba absolutamente cautivador.

La niña se divertía con unas pulseras que le había prestado Gaby, quien se las encargó, advirtiéndole que no las debía estropear. Yo no dejaba de echarle la vista encima. Y ella, a pesar de lo intolerable que le resultaba mi presencia a ratos, y ése era uno de ellos, también me miraba con el rabllo del ojo, asegurándose de que siguiera custodiándola. Al margen de la plática, en aquel pórtico, éramos testigos fieles de lo que ocurría en el centro de la villa, el ahorcamiento público del gitano. Aretha le cedió su lugar a David Bowie.

La plaza ahora relumbraba bajo el sol, a pesar de que algunas nubes comenzaban a formarse sólo en una zona, dejando libre gran parte del espacio índigo y casi impoluto que escudaba al pueblo y a su cordillera. El caballo relinchador continuaba con su ajeteo, justo cuando la escena comenzó a intensificarse. Los extras disfrazados de pueblo reunido y vociferante opinaban sobre el exterminio del pobre gitano. El capitán Pizarro, encarnado por mi sobrino, no se tentaba el corazón para azotar al prisionero. Lo maltrataba con saña, mientras la joven heroína, situada a un lado del cadalso, con sombrilla en mano y los pechos casi saltados bajo el corsé, gritaba a gaitadísima seguramente en defensa del rehén. Desde nuestro sitio no oíamos a los actores.

Los soldados observaban a la turba con el objeto de sofocar cualquier perturbación. En las mentes de todos, sin embargo, y en el guión, se figuraba el rescate intempestivo que el Zorro, el famoso Zorro, fabricaría para salvar al condenado.

Rosario se desvió de los enigmas de viejas civilizaciones, con el objeto de referirse a la historia del narcotráfico en Colombia y de la mala imagen que se fomentaba de los colombianos en el mundo. Intervino también el restaurantero. En un nuevo zigzag de la conversación, Rosario relató los avatares matrimoniales de su única hermana, casada en Francia. Ante la traición del marido, la hermana se había repatriado por un tiempo, y de paso le incrustaron en la capital de Colombia unos hilos de oro dentro de la cara para remozarla. También, con rayo láser, un experto dermatólogo borró unas manchas marrones del anverso de sus manos. Quería rejuvenecer y recuperar al esposo francés. Los padres le ofrecían restaurarle la vida en Colombia, de lo cual conjeturaba yo que la familia de Rosario gozaría de buena posición económica. Rosario se compadecía de su hermana. La vida estaba en otra parte, en los misterios de las culturas lejanas y perdidas, en la

creación pictórica, en la plaza añosa. De pronto Rosario, sosegadamente ajada, sentada a la mesa bajo los soporales cuyas bóvedas penetraban el azulado cráneo de Villa de Leyva, reveló su edad y la de su abandonada hermana. Según Rosario había nacido el mismo año que yo, y la hermana de hilos de oro sedimentados en el rostro, era un lustro menor que nosotras. Me perturbé y mis aires de juventud tardía se enrarecieron.

La pequeña comenzaba a aburrirse. “¿Dónde está mi papá?”, preguntaba, pero la conversación daba un nuevo respiro hacia la montaña sagrada, los indios chibchas y luego a un narcocondite abandonado lleno de dólares, o roy quién sabe qué más, que unos soldados detectaron para luego embucharse el tesoro. Descubiertos por sus superiores fueron sometidos a consejo de guerra o algo parecido. Colombia entera se dividía entre los que apoyaban a los soldados y los que los repudiaban. La niña, entonces, se acercó con cierta zalamería para que fuéramos en busca de los perros callejeros de la gran plaza y los saludáramos. “Ya vámonos de aquí” dijo de pronto con su vocecita querellante. Era un momento climático. Las nubes antes esquinadas se desplazaron con rapidez hacia el centro de la plaza y empañaron la claridad solar. Hubo un gran estallido inesperado, que sepultó la entrada musical de Dire Straits, y los prestos soldados dispararon acordes sus armas. Todo se cubrió de humo y de tufo a quemado, mientras la niña me jalaba de la mano para que nos fuéramos. Rosario, mi contemporánea, se aterró por un segundo: “¡Parece la guerrilla, parece la guerrilla!”, pero no se trataba más que de un truco del extraordinario Zorro, quien tuvo a bien soltar la humareda para salvar al gitano. Ante la pretendida confusión, la milicia decimonónica continuaba tirando balas. Por supuesto que Rosario y el dueño del restaurantito (fan de rolas de los ochenta) comprendían el sentido teatral de la humareda y de los disparos con balas de salva, pero tenían recuerdos de violentas y súbitas arremetidas de rebeldes, generalmente agazapados en las cordilleras colombianas, que bajaban de manera subrepticia a armar la refriega.

La bocanada nos devoró. La niña exigía, bajo la niebla de hollín, que fuéramos a buscar a su papá. Apenas pude despedirme de Rosario, del dueño del restaurante



Fernando Botero, *Hombre en la calle*, 2001

y de Gaby, la mujer del actor que se había quedado con nosotras. Cruzamos la plaza con rapidez, guardando de no precipitarnos sobre el empedrado, mientras los perros, inadvertidos del truco del Zorro, huían despavoridos por las calles aledañas. Los soldados dejaron de empuñar sus armas y tanto los extras como los actores comenzaron a dispersarse, lo mismo que los miembros del equipo de grabación y los curiosos de la calle. La plaza se había convertido en un sahumero. Resultaba evidente que no se había medido bien la cantidad de bombas detonadas.

Una vez en el hotel, ubicado en la explanada, frente a la montaña sagrada de los chibchas, la pequeña y yo nos encontramos con el gitano al que no ahorcamos, a la madre lastimada, al padre y a las damas jóvenes y a dos airoso militares. Pizarro entró unos minutos después, satisfecho de la jornada laboral. Yo, mientras él y la niña subían en grato contubernio a su habitación, me desplomé en un sillón del *lobby*. Supuse que no era momento de que nadie nos narrara historias del narcotráfico. Por un largo rato pensé en la guerrilla y en la vejez como contrarios. No se colaba ya el bullicio de la plaza generado por el humo. La noche y un frío casi desértico se precipitaban sobre Villa de Leyva. Una cumbia repetitiva y fastidiosa sonaba a la distancia. ■

La importante cordillera andina bordeaba Villa de Leyva. En la plaza la luminiscencia y el calor sorbían el seso.